

Época de crisis para los forestales

Los forestales nos encontramos en una época de crisis, tanto desde el punto de vista del mercado como de nuestra imagen hacia la sociedad. Al pesimismo económico reinante desde hace unos pocos años se añade una serie de hechos recientes que han aumentado la inquietud entre propietarios y técnicos forestales. Pero no debe olvidarse que el término "crisis" hace referencia a "momento decisivo", a "oportunidad".



PARECE SER QUE LA EXTENSIÓN DE LOS BOSQUES EUROPEOS ALCANZÓ UN MÍNIMO HISTÓRICO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX Y DESDE ENTONCES HA AUMENTADO CON FUERZA.

TESTUA: **ALEJANDRO CANTERO.** FOTOS: **IKT**

Hasta no hace muchos años, las masas forestales suministraban multitud de productos esenciales a sus usuarios privados o colectivos: madera, leña, carbón vegetal, broza, pasto, caza,... Los asentamientos humanos requerían de estos materiales para construir sus edificios, para alimentarse, para calentarse, para elaborar útiles de todo tipo, por lo que si no se disponía de bosques propios había que agenciarse dichos materiales en otros lares.

A través de la historia, la civilización fue acabando con la mayoría de los bosques naturales europeos y en los restantes su estructura y su composición en especies fueron adaptándose a las necesidades hu-



manas. Durante siglos, el crecimiento de la población en un territorio suponía la mengua de sus bosques y, viceversa, el descenso poblacional (guerras, hambrunas) se traducían en expansión boscosa. Según diversos autores, parece ser que la extensión de los bosques europeos alcanzó un mínimo histórico a principios del siglo XX y desde entonces ha aumentado con fuerza, bien a través de plantaciones forestales o bien a través del abandono agrario. Hay que tener en cuenta que a lo largo del siglo XX se han ido alcanzando sucesivos máximos históricos de la población europea, pero que esta vez han ido acompañados de un aumento de la superficie boscosa. La progresiva pujanza de la Administración forestal, con su normativa, su personal y sus medios, ha tenido mucho que ver con este hecho.

En las últimas décadas, la necesidad de madera por parte de la población europea ha sido creciente, aunque ello ya no es sinónimo de deforestación. Las plantaciones forestales suministran una gran parte de esa oferta de madera y el resto se obtiene de bosques naturales ordenados o de importaciones (Estados Unidos, África, Sudamérica).

EL CASO ESPAÑOL

Las plantaciones de crecimiento rápido (chopo, eucalipto, pino radiata) ocupan sólo un 12% de la superficie arbolada pero aportan cerca del 80% de la madera que se corta cada año. Más o menos, la mitad de los 14 millones de m³ que se suelen cortar anualmente se destina a sierra y la otra mitad a pasta y papel.

El consumo de madera es creciente, en paralelo al crecimiento del Producto Interior Bruto y el ritmo de la construcción, aunque el consumo medio de madera por habitante está entre los más bajos de toda la UE (0,11 m³ de madera por habitante y año), la mitad de la media europea y la sexta parte respecto a los finlandeses.

El consumo de papel también aumenta, en paralelo al crecimiento del PIB y del n.º de ordenadores. Hace años se preveían "oficinas sin papel" pero hasta la fecha este hecho no ha ocurrido. El consumo medio de madera por español también está entre los más bajos de toda la UE.

Según el Segundo Inventario Forestal Nacional, España es uno de los países europeos que presentan un mayor creci-

miento anual de sus existencias maderables (30 millones de m³) y una mayor superficie arbolada per capita (0,3 ha). Sin embargo, figura en el último lugar de todos los países europeos en cuanto a aprovechamientos forestales: sólo se corta una media anual de 1 m³ por hectárea arbolada. Este hecho está relacionado con la escasa biomasa media de los bosques españoles: sus 46 m³/ha hacen que sea, junto a Grecia, el país europeo con la menor cifra de existencias maderables por superficie arbolada.

En resumen, España sigue siendo un país deficitario en madera, obligado a importar materia prima todos los años. Por el contrario, sus bosques se expanden en superficie y existencias, lo que se traduce en diversos beneficios medioambientales, pero también un grave peligro de incendio, como se recuerda cada verano.

Con el fin de la sociedad agraria tradicional, el abandono de muchos pueblos y la expansión de las ciudades, los montes han perdido su importancia económica. El arbolado sólo es apreciado por la sociedad urbana como paisaje, albergue de animales, lugar de recreo y sombra... actividades que no repercuten como beneficio para el propietario del arbolado, sino como molestias. A veces, la existencia de arbolado denso incluso llega a ser un problema en el caso de incendio, como se acaba de ver en Galicia.

El País Vasco presenta algunas de esas características españolas, pero se diferencia en la estructura de sus masas forestales, que vienen acumulando un considerable volumen medio de biomasa, y en el equilibrio entre las cifras de crecimiento de las masas, nivel de cortas y consumo de madera. Una importante superficie forestal está siendo rentable para sus propietarios, sobre todo en forma de pinar o eucalipto, y ello favorece su cuidado y la realización de inversiones.

EL FUTURO

La mayoría de las predicciones suele ser errónea. ¿Quién iba a prever hace años la forma en que están cambiando nuestras vidas los teléfonos móviles, los archivos digitales, los GPS, Internet...?

Existen terrenos que antes eran despreciados por su nula productividad agraria y que ahora alcanzan altos precios del suelo. No hay más que pensar en las playas, en los terrenos costeros (estupendos para disfrutar y especular como segunda residencia) o



en las divisorias de montaña (útiles para albergar molinos de viento o antenas).

Se está viendo que el agua potable, que hasta hace pocos años no era valorada como recurso, cada vez va cobrando más importancia. Y ya se sabe dónde se suelen ubicar los manantiales, las fuentes y los embalses: en las cabeceras de los montes, rodeados normalmente de bosques que preservan el caudal y la calidad del agua.

Vista la densidad de piezas, es previsible suponer que la actividad cinegética, sobre todo la caza mayor y tal vez la de migratorias, cada vez va a tener mayor peso económico en nuestros montes.

La red Natura 2000, cuyas implicaciones finales para los propietarios aún se desconocen, ya está aquí, por lo que es de suponer que se irán produciendo cambios en la forma de gestionar los montes. También se avecinan cambios en las subvenciones europeas, afectando a lo forestal y lo ganadero.

Podría pensarse en otros usos futuros para nuestras masas forestales. Por ejemplo, hoy los bosques de frondosas no son apreciados económicamente, pero podrían proporcionar materias primas de gran interés para la sociedad. Resulta curioso comprobar que el País Vasco ha pasado en unas décadas de

ser exportador de materias primas obtenidas en los montes como hierro, madera o carbón, a ser totalmente dependiente del exterior en bienes vitales como la energía.

Existen actualmente métodos sencillos para elaborar carbón vegetal, etanol u otros biocombustibles. Un sencillo cálculo

permite afirmar que el crecimiento anual de las masas forestales alavesas (600.000 m³) podría satisfacer cerca del 15% de las necesidades energéticas anuales de dicho Territorio, dando empleo a población local y ahorrando además en sanciones por incumplir el Protocolo de Kyoto. No es más que un ejemplo.

La certificación forestal no sólo es una herramienta comercial de defensa de la actividad forestal autóctona, sino también puede llegar a ser un altavoz para que la sociedad valore los beneficios medioambientales de comprar productos forestales sostenibles. Hay que seguir insistiendo en que la compra de productos forestales certificados no se traduce en deforestación, sino en lo contrario.

La madera es un material natural, renovable, reciclable, estético, no contaminante, que requiere para su transformación un nivel de energía muy inferior al de otros materiales (acero, aluminio, PVC, cemento) y que además retiene carbono de la atmósfera. Pero tiene un problema de reposición: hace falta un periodo largo de años para que un árbol produzca madera y, además, si se corta o quema ese árbol, se acaba el recurso madera. Para poder contar en el futuro con esta materia hay que actuar ya, sobre todo si se valora un cierto tipo de madera (homogénea, de diámetros concretos, trozas rectas, sin nudos, con anillos de crecimiento constante).





Los resultados de una política forestal se miden décadas después de su aplicación. Por ello, parece razonable apostar por la actual tendencia de aprovechamiento forestal centrada en las plantaciones forestales más productivas y, a la vez, de expansión de los bosques naturales, sin descuidar su vigilancia y ordenación forestal.

Esperar con optimismo las sorpresas que nos depare el futuro es aconsejable, pero todavía lo es más adelantarse a él innovando, como siempre se ha hecho en este país.

El mundo forestal se enfrenta a varios retos. La certificación de la gestión forestal sostenible requiere consenso social, aunque diversas prácticas como la apertura de vías forestales, las cortas a hecho o la mecanización forestal se enfrentan a diversas críticas. La mejora de los transportes facilita el comercio internacional de madera y hace que se pueda comprar madera aserrada de pino radiata procedente de Chile más barata que la de aquí. En nuestra avanzada Sociedad, cada vez se consume más madera y papel, pero la gestión forestal es cada vez menos intensa en la mayor parte de nuestros bosques. Los turnos se alargan, los bosques se están capitalizando en madera, desde hace décadas se

corta menos de lo que crecen las masas y se va acumulando madera muerta.

Hemos pasado de tener un bosque animado, con multitud de personas viviendo y trabajando en el medio forestal, a unos bosques silenciosos, en los que a duras penas se encuentra personal dispuesto a trabajar en el monte.

UN POCO DE REFLEXIÓN

Los técnicos forestales deben atender las demandas de la Sociedad. Si lo que se desea es producir madera de nuestros bosques, como ha venido ocurriendo hasta hace pocos años, su labor técnica debe contribuir a ello. Si la demanda social se encamina hacia más biodiversidad, más Parques Naturales, más madera muerta o más animales por todas partes, la gestión de nuestros bosques debe guiarse con esos fines y ya compraremos la madera de otras latitudes. Sin embargo, los técnicos forestales sí que deberían guiarse por otros plazos en sus actuaciones: frente a una Sociedad que se deja llevar por una visión a corto plazo, de pocos años, estos técnicos deben con sus actuaciones ir cambiando esa costumbre y convencer a los responsables de las decisiones sobre las ventajas de

la paciencia forestal. Una buena forma de superar el día a día y de mirar a largo plazo es levantar y mantener parcelas o rodales de seguimiento de parámetros forestales (selvicultura, procedencias, suelos, erosión), tratando de no perder el conocimiento adquirido en esos ensayos y divulgando los resultados obtenidos.

Como colectivo, los forestales no tienen la verdad absoluta, sino que son depositarios de una experiencia secular, útil para gestionar los bosques de acuerdo a lo que pidan sus dueños o la Sociedad. Es muy fácil criticar hoy lo que hicieron los forestales hace décadas, cuando el contexto socio-económico era otro, la demanda de madera era acuciante y la sensibilidad ambiental era menor. Hoy el mundo es más complejo, pero el colectivo forestal cuenta con más recursos para llevar a cabo una gestión forestal sostenible.

No hay que olvidar que nuestros bosques no son vírgenes, sino que han sufrido milenios de intervención humana y de simplificación en su estructura y biodiversidad. Dejemos que evolucionen, aunque vigilados y tutelados por los expertos. Y olvidemos que, en caso de venir mal dadas en el futuro, los bosques pueden volver a ser una fuente irremplazable de recursos materiales.